

La transmutación del monstruo

* Vincenzo Susca

La invasión bárbara ya no se refiere a una oleada que ataca del exterior, sino a una serie de burbujas emergiendo del mismo centro de la vida social y propagándose por contaminación. Contacto táctil con el bárbaro, al estar impelido por los deslumbramientos excesivos y fantásticos de su imaginario, se acelera la implosión del mundo moderno. El bárbaro cesa así de ser simplemente el agresor externo al sistema, sujeto balbuciente o incapaz de expresarse, y toma los rasgos de un hábil prestidigitador del lenguaje capaz de roer las barreras del lenguaje social.

Rédozoubov. —¿Piensas que no ves lo que pasa? ¡Son los franco masones... Son los bárbaros, los violadores! Te alborotan todo, todo con ellos se destruye...

Bogaievskaya [con un ligero bostezo]. —Más vale pensar que todo estaba mal construido.

—Maxime Gorki, *Los bárbaros*.

El bárbaro es, como lo sugiere la etimología del término, un extranjero y un ser balbuciente: el que habla otro idioma y viene de otra tierra; pone la cultura en sus límites expresivos y acelera la crisis y la saturación. El imaginario colectivo lo representa bajo rasgos horripilantes, ataviado con una barba, inculto, provisto de olores repugnantes y de parentesco dudoso, reuniendo así la ecuación de bárbaro y bastardo. En el discurso de las almas bellas, el monstruo se sitúa entre la “gentuza” y, a la vez, en los espacios domésticos

del consumo desenfrenado, como los juegos de video donde las estéticas de la disipación prevalecen por encima de las buenas maneras y lo que dice el manual de urbanidad en turno. Esta lógica conlleva a describir al *hacker* como un pirata o delincuente del ciberespacio (incluso si la diferencia entre éste y un *cracker* es muy clara).

Lo que más altera la conciencia y la tranquilidad del orden instituido es la propensión de los nuevos bárbaros a huir. Evasión que no es sinónima de abandonar un territorio sino, de una manera más inquietante, de fundar a partir de las anomias y las efervescencias que caracterizan a los neo-nomadismos y las tribus que los cobijan y les dan fuerza. No se puede, en adelante, reducir el caos de la vida cotidiana a ningún orden, a ninguna lógica ni paradigma que no se caracterice por la pluralidad, la movilidad y la tendiente auto-organización de las subjetividades emergentes. Como ejemplo, cuando se intenta prohibir que se compar-

tan catálogos musicales o videos, como en el caso de Napster, o poner en escena contenidos violentos o pornográficos, esas mismas situaciones, rápidamente después de haber sufrido y pagado las consecuencias, se reproducen bajo nuevas formas que escapan a los mecanismos de control.

Las distensiones de los nuevos bárbaros remiten a una búsqueda de sentido totalmente idiosincrásica en relación a la gran mayoría de los valores transmitidos por la modernidad. Búsqueda que inmediatamente molesta, precisamente porque es huidiza, interna y exterior a las fronteras que franquea —recordando así su precariedad, su arbitrariedad—. Según Maffesoli: “Tal desconfianza se encuentra en los romanos una vez que establecieron su imperio en el mundo conocido. El miedo al bárbaro proviene de su nomadismo, de su ‘aptitud de movimiento’. Se encuentra incluso en la fobia contra el cambio y lo que sea móvil. El bárbaro viene a trastocar la quietud del sedentario. Potencialmente, representa el rompimiento, el desbordamiento, en breve, lo que no es previsible. Este es el nudo del problema: al poder escaparse en cualquier momento, el bárbaro afirma la soberanía sobre su vida. Su ‘escapismo’, esta capacidad de escaparse, predispone en todo momento el cambio radical del orden establecido.”

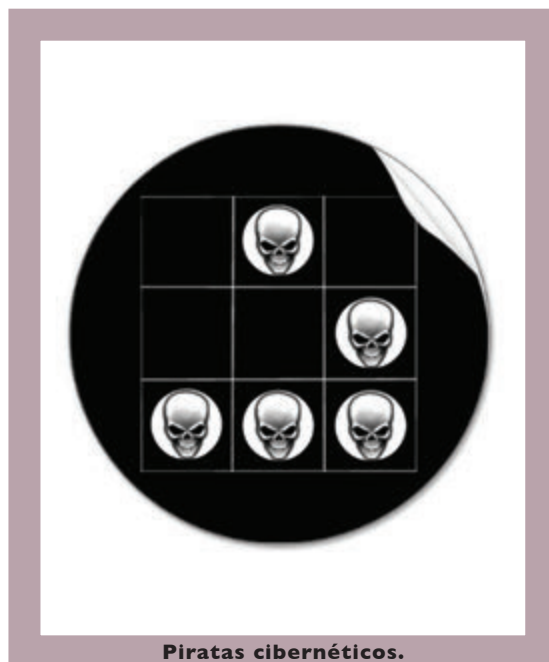
Burbujas

Si tomamos en serio, como conviene hacerlo, la problemática de los nuevos bárbaros desde el ángulo de sus relaciones con la civilización, de la que escapan, los persigue y exilia, situación que va de la integración al exilio, debemos agregar otros elementos de complejidad en el arquetipo del Imperio Romano. Estos elementos, además de los ya mencionados, se liberan a partir de la porosidad de las fronteras, la poliedricidad e invisibilidad en el vasto campo de lo visible. Tomando en cuenta la evidente dilución de las fronteras entre el interior y el exterior, lo civil y lo no civil, la barbarie se insinúa sin dificultades en el seno mismo de los territorios de lo civil y los infecta

por contagios sucesivos de manera cada vez más amplificada, en tanto que las formas civiles que lo invisten están envejeciendo. La invasión de los bárbaros no corresponde a una oleada que ataca del exterior al interior, sino a una serie de burbujas que emergen del centro de la vida societal a fin de propagarse por contaminación. Es el contacto táctil con el bárbaro, el hecho de estar impelido por los deslumbramientos excesivos y fantásticos de su imaginario, lo

que acelera la implosión del mundo moderno, lo que hace cambiar de piel. El extranjero está en todas partes y en ningún lado, en el fondo de nuestra alma, allí donde habita una inexplicable pulsión latente hacia la otredad. Demos la palabra al poeta:

Vive tu vida. No seas vivido por ella. En la verdad y el en error, en el placer y en el aburrimiento, que sea tu ser verdadero. Así, no serás sino un soñador, porque tu vida-real, tu vida humana, es aquella que, lejos de pertenecerte, le pertenece a los otros. [Fernando Pessoa, *Maneras del bien soñar.*]



Piratas cibernéticos.

La invisibilidad recíproca del imperio y de sus contra-poderes vuelven el juego más complejo (el desarraigo de la dialéctica en que reposó durante varios años), creando zonas de autonomía temporal donde los planos del discurso no están relegados a no coincidir, sin embargo cada discurso vive verdaderamente de manera separada y elabora mundos más y más comunicados, irreconciliables. Si se ve bien, el bárbaro, antes que atacar a su enemigo, piensa en sí mismo, en sus pasiones, las vocaciones que lo habitan, las redes a que pertenece y en las que ha creado una comunidad; no hay búnker que tomar por asalto ni palacios a conquistar, sino una constante sed de vida que hay que satisfacer. “Revoloteo”, reunión y conexión con el otro que lleva a la epifanía.

Cada que estas pulsiones son entrevistas por los agentes del orden establecido, la potencia aglomerada en las redes y sus juegos lingüísticos se vuelcan en agresiones, violencia simbólica o no, subversiones capaces de regenerar la autonomía y la libertad de circulación. Estamos más allá de los proyectos utópicos,

ante un deseo irreprimible de comunicación-comunión, causa y efecto de cada “communicracia” naciente. El bárbaro deja así de ser el agresor exterior del sistema, sujeto balbuciente o incapaz de expresarse; toma, más bien, los rasgos de un hábil manipulador del lenguaje —tan extranjero como refinado—, capaz de roer las barreras del Lenguaje Social. Encarna la extrañeza desde el interior mismo del mundo que ataca, pues no es extranjero sino “nativo”.

Si pensamos, más particularmente, en las pantallas de la cultura de masas, en los territorios del consumo, la diversión y el espectáculo, en las redes de comunicación global, interactiva y numérica, podemos darnos cuenta que el *hacker*, el *surfer*, y todo miembro de una tribu urbana, son los habitantes y los constructores de este mundo en gestación, más que tener el rol de anfitriones. En realidad, según Abruzzese: “hoy día los nuevos bárbaros —bárbaros del presente, y por tanto peligrosos— son nativos de los territorios mediáticos, sujetos subalternos, culturalmente y socialmente, pero capaces de utilizar para su propia ventaja los medios con los que cuentan. Sujetos que deben estar confinados a los márgenes del mundo civil; quienes deben, precisamente, definirse como los bárbaros de la cultura de masas. Los testigos y reguladores de los sistemas pre-mediáticos asisten a un conflicto que, esta vez, se expresa y se realiza más en el espacio inmaterial de las imágenes televisivas, de los deshechos del consumo generalizado, que en el espacio material de las relaciones directas, en los actos concretos del poder, la violencia colectiva y las armas.”

Comprendemos que la naturaleza del conflicto se transforma, paralelamente, con el cambio de los lugares en los que se desarrolla y las razones que lo detonan. El espacio de flujo, como lo llama Manuel Castells, y su vaivén perpetuo en los lugares de lo cotidiano, está hecho del amontonamiento de los cuerpos, tan densos e intensos que ocupan toda la escena, sin abrir sus poros a la infiltración de saberes y de poderes exteriores a la experiencia del que vibra en una comunicación-comunión determinada. Se trata de lugares a la altura de lo cotidiano que se cristalizan en manifestaciones donde no se percibe la presencia del soberano y su discurso; y cuando se produce, se convierte en el ruido de fondo de un festín en el que el colectivo danza y juega.

Podemos constatar el revés de la perspectiva en el discurso sobre la civilización y el extranjero, ciudadano y no-ciudadano, escritor y lector, alfabeto y analfabeto. Los principios subversivos que animan la

cibercultura —y en general la cultura posmoderna— se activan, maduran y residen en los intersticios donde la civilización no tiene margen de maniobra, donde ha debilitado su fuerza al mostrar su punto de saturación. La Web y sus diferentes articulaciones —hasta la Web 2.0—, una de las conquistas tecnológicas más grandes de la sociedad moderna, concentra con más y más fuerza la posibilidad de que proliferen virus que roen el poder establecido, hasta convertirse en el vientre dentro del cual maduran sensibilidades susceptibles de hacerlo explotar completamente y ceder el lugar a la invasión del otro:

“¿Cómo terminará esto?” Todos nos lo preguntamos. “¿Por cuánto tiempo soportaremos este pesar y este tormento? El palacio ha atraído a los nómadas, pero no ha podido apartarlos. La puerta permanece cerrada; la guardia que en otras ocasiones entraba y salía avanzando solemnemente, se ha quedado tras las verjas. Se nos ha confiado la defensa de la patria, a nosotros, artesanos y comerciantes, pero no estamos a la altura de las circunstancias; ni nos hemos ufano de estarlo. Es un malentendido, y nos llevará a la ruina.” [Franz Kafka, *En la galería*.]

Sensibilidades Transpolíticas

El hecho de no estar animados, la mayoría de las veces, por pulsiones políticas y apetito de poder; y fundados en instintos vitales estrechamente ligados al hedonismo, a la pasión y al placer, los bárbaros llevan a cabo un nuevo éxodo, huyendo de la perspectiva lineal, abstracta y de emancipación que caracterizó a las élites que se sucedieron durante la modernidad. Este aspecto, en apariencia no político (así lo parecería si nos esforzamos en considerar lo político dentro de su paréntesis moderno), es en realidad el portador de una sensibilidad que funda una nueva manera de habitar, de referirse al otro y de canalizar la potencia instituyente, que no se proyecta hacia un poder establecido, se derrocha y libera a fin de proliferar en los espacios donde uno y muchos grupos vibran juntos, estableciendo así una ley que, si bien temporal, es vivida, compartida, auto-elaborada y altamente exigente. La mirada de las instituciones no comprende las “razones” que empujan a las nuevas tribus urbanas o virtuales a aventurarse en las actitudes excesivas, los arrebatos emocionales de pasión o de violencia, engendrados por los fenómenos de imitación y adaptación. Hecho insólito para una sociedad habituada a pensar en términos de individuos separados y amos de sí mismos.



Una vez que se mostró que los nuevos bárbaros son más “nativos” que extranjeros, habitantes de los “otros lados” donde la civilización no puede entrar sino es de manera estéril y contraproducente para ella misma; estamos llamados a retomar la fenomenología del extranjero y de la alteridad, de las cuales se sirvió la modernidad para establecer sus fronteras y proyectar su producción (producción discursiva y producción a secas). Los estereotipos que abordaron los temas de la democracia, de lo posmoderno y de las redes sociales han recurrido precisamente a la idea de que los factores de la barbarización, los agentes destructores, vienen de fuera, del exterior:

El bárbaro es la otra cara de todo proceso de civilización, el motor que la impulsa. El punto crítico de la democracia italiana, por ejemplo, se identificó por su débil resistencia a las hordas bárbaras televisadas del pueblo de Berlusconi.

encarnados dentro de las tecnologías consideradas como violentas y desprovistas de memoria, culturalmente inexpertas y pobres en tradición y civilización; o encarnados, igualmente, en los deseos y las experiencias de una sensibilidad instintiva e inculta, hedonista y pasional, violenta como el consumo, imbuida en imaginarios y tecnologías por las cuales se siente atraída.

El espacio intersticial, espacio en blanco a la deriva, considerado como detritus por cada civilización, se autoconstituye en el interior de sus fronteras estatutarias. Lugar expiatorio, segregario, misterioso, más acá y más allá de la diferencia entre el bárbaro y el civilizado: al que no se le reconoce ninguna capacidad expresiva y el que tiene una habilidad discursiva que lo aventaja. Significa que, frente a un sujeto vivo y más allá de su vida desnuda (W. Benjamin), se constituyen morales y estéticas capaces de encuadrar al hombre en un discurso y una forma de experiencia sin que se ponga atención a los intersticios, a los desechos y las sombras que se desatienden o se intentan gobernar. Así, la ciudadanía —lo que madura y yace en el interior de su en-

cierto entre muros— al incluir e integrar una franja determinada de humanos, volviéndolos ciudadanos, excluye a los otros.

La civilización constituye el campo de cultivo de la barbarie en tanto que distingue lo que es evolucionado de lo que es primitivo. El bárbaro es la otra cara de todo proceso de civilización, el motor que la impulsa. El punto crítico de la democracia italiana, por ejemplo, se identificó por su débil resistencia a las hordas bárbaras televisadas del pueblo de Berlusconi. Pero su verdadero punto de quiebra reside en no saber y no querer leer la naturaleza de esta súbita invasión y devastación que precisamente hoy día sucede a nivel global con la emergencia de las ciberculturas y de las culturas posmodernas.

Los bárbaros son aquellos excluidos que, por ello mismo, están secretamente invitados a transgredir y a pasar por alto los muros de la fortaleza. Este es el punto central: después del rol de marginados, reagrupados en otro tiempo en nudos sociales, capaces de compartir y de laborar un imaginario y un mundo imaginario, dispuestos a manipular lenguas, relaciones y símbolos, se descubren a sí mismos como otros con respecto a quienes los han excluido, dispuestos a que su mundo deje en ruinas al otro. En realidad, se concede al bárbaro, así como al extranjero, márgenes de trasgresión que los nativos pueden difícilmente igualar; pero al mismo tiempo recaen en él las formas de vigilancia y de marginalización del orden civil: leyes punitivas, estrategias de inclusión, bombardeos mediáticos... ¿Pero hasta qué punto funciona efectivamente? ¿Y en qué medida, por contrario, se convierte en efecto bumerang que refuerza la resistencia? ¿Hasta dónde, en realidad, el discurso del poder establecido puede quebrantar el orden armonioso de los distintos MySpace y Facebook que proliferan en las redes sociales y los espacios urbanos?

Diasporas

Si nos referimos al Imperio Romano, y más aún, si analizamos la arqueología de la barbarie a lo largo de la historia de las civilizaciones, no podemos impedir reconocer que el bárbaro es un elemento regenerador de toda civilización en crisis: constituye el dispositivo simbólico que, al destruir, renueva. Toda tentativa de atacarlo termina por regresarse contra sí misma, recordando constantemente su potencia y la fascinación secreta que la civilización siente por la alteridad que la atraviesa y que, en el fondo, necesita. Hay algo de

barbarie en la reforma protestante con respecto al catolicismo, en el iluminismo y en la burguesía con respecto a la aristocracia, en el inmigrante europeo en territorio americano y, lo mismo, en el ciudadano americano contra el europeo.

El bárbaro disuelve códigos y hábitos que de por sí están en camino a degradarse, aporta substancias y formas nuevas que aparecen, en un primer tiempo, como violentas, de mal gusto, infundadas, kitsch, vergonzantes; pero se traducen enseguida en normas, hábitos, costumbres y reglas. Espiral de todo proceso de civilización que ha sido también la espiral televisiva. La anomia, la diversidad o la insubordinación no son fenómenos engendrados por los desechos de la estructura social, se convierten verdaderamente en factores culturales. Elementos compartidos que generan y reúnen de manera horizontal, imaginarios, modos de vida y sentidos tendentes a ser autónomos y autoorganizados, que ya no se caracterizan por el sentimiento de culpabilidad o se intimidan por el Leviatán. Como lo sugiere Abruzzese: “¿Habría que saber leer los procesos televisivos, que han convertido la vida privada y cotidiana, detrás de la escena, en socialmente transparentes? ¿Del mismo modo, habría que evaluar los procesos de las redes mediáticas, no más lineales que elípticos e interrelacionados, fundados en una tecnología tan sofisticada como permeable a culturas distintas al lenguaje de la tradición moderna? O acaso ha llegado el momento de hablar de una ruptura, en lugar de una simbiosis entre los civilizadores y los bárbaros. Sustraer a los bárbaros del espíritu de conquista del civilizador.”

El punto crucial reside, precisamente, en la capacidad de las nuevas formas societales de atravesar las formas culturales que les precedieron y que les son exteriores, sin arrastrar con ellas un discurso dialéctico, tendiente hacia la síntesis o el compromiso. Por contrario, tal hormigueo desordenado se organiza de manera espontánea e irreflexiva, elaboración —que es también contemplación— de sensibilidades puramente transpolíticas, capaces de traducir la completitud de lo cotidiano, con toda la sombra que lleva, en un imaginario denso de eficacia material (ya no simples sueños sino experiencia vivida). Se vuelve necesario retomar la figura del extranjero, tan apreciada por G. Simmel y Walter Benjamin, quienes, nada fortuito, han sido los teóricos y los analistas de un tabú para los saberes institucionales y un paradigma de la educación cívica: la moda. Busquemos al extranjero que hay en cada uno de nosotros, cuya barbarie nos pertenece; antes

que estigmatizar superficialmente sus últimas encarnaciones —más allá del gran descubrimiento de la experiencia metropolitana: el conocimiento del otro—, el bárbaro es uno de nuestros mundos vitales, y lo reprimimos en nombre de poderes externos a nosotros mismos.

No es sino a partir de esta consideración que conviene señalar que lo posmoderno se encuentra en el umbral de un desorden peligroso; que el mundo de la experiencia vivida es rica y profunda, pero representa un cúmulo de riesgos donde proliferan las acciones, pasiones y formas expresivas no racionales; es decir, que pertenecen a otro régimen de sentidos, sin situarse en los límites del sentido. No es sino comprendiendo la naturaleza tan compleja y múltiple de la subjetividad posmoderna que podremos, en principio, asir plenamente el valor de sus extensiones tecnológicas y, enseguida, su acción en el mundo.

Partiendo de este nivel de análisis, es innegable que las culturas en gestación señalan, en su movilidad frenética imprevisible y sobre todo incesante a través de todas sus conexiones y vínculos eróticos, la desconexión del cuerpo del Leviatán; evocando la imagen del éxodo, de la diáspora ancestral. A mayor intensificación de las nebulosidades afectivas o de las redes sociales (más allá del sentido de lugar y de identidades cristalizadas) mayor será la ruptura con el pacto de representación política y la disolución del contrato social. Hormigueo de la vida ordinaria que revela cada vez más el desapego a sensibilidades que pertenecen a los sistemas del saber y del poder que intentan gobernarlas:

Me desconcertaba que la vida moderna se caracterizara no tanto por su crueldad, ni el sentimiento de inseguridad que se percibía, sino más bien por ese vacío, esa apatía incolora. Si se mira alrededor, se dará uno cuenta que la vida no tiene nada en común ni con el torrente de mentiras que escurre de las pantallas de televisión, ni con el programa ideal del Partido. [...] El ideal difundido por el Partido era algo inmenso, terrible, escandaloso: un mundo de acero y hormigón armado, máquinas monstruosas y armas aterradoras, un pueblo de guerreros fanáticos que marchaban en perfecta armonía con sus intenciones, todos pensaban de la misma manera y tarareaban el mismo slogan; ocupados, del alba hasta el crepúsculo en trabajar, luchar, triunfar, reprimir. [Orwell: 1984.]

[Miguel Maldonado: traductor.]